

PRINCESA

Todavía zumba en los oídos de Silvana la voz ronca del conserje: “Señorita, no se puede sobrecargar la máquina”. Si bien el hombre pronto ha regresado a su cubículo en la entrada del edificio, ella sabe que ahora es vigilada a través de una cámara pequeña e intrusa, la extensión perfecta del alma de ese tirano de bigotes y overol. Por eso sólo puede echar como máximo tres kilos, es decir, algunos jeans, un par de chalecos y sábanas, los calzones que usa cada vez que se acerca una noche romántica y con suerte la falda negra, su caballito de batalla ante todo tipo de eventos. Silvana Kunz se mira en el ojo de buey de una de las secadoras y el reflejo devuelve una imagen distorsionada: piernas chuecas, cintura ancha, nariz aplastada. De pronto piensa en qué diría Camilo si la viera de esa forma y la risa se apodera de su boca. Y otra vez se ve junto a su profesor de baile que le dice: “Pecho al frente, mirada en alto, uno y dos y tres, déjese llevar, la novia es la seducida... no, no y no, el caballero es el que debe controlar el ritmo” e intenta dar algunos pasitos de vals en el suelo de baldosas. Eso hasta que mira su reloj y se acuerda que debe ir a ver lo de la torta. Sacude su cabeza y abre la tapa de la máquina. Primero tira sus calzones, luego llueven las camisas. La vida, piensa Silvana, es como una lavadora: uno da vueltas y vueltas para quedarse en el mismo sitio. Sin embargo ella sabe que eso no es del

todo cierto pues hasta hace poco, a pesar de ser doctora en bioquímica, vivía en casa de sus padres y dos nanas se encargaban de que en su cama no existieran las arrugas. Ahora se turna en las labores domésticas con su novio. Silvana se da cuenta de que si apretujara la ropa seguro alcanzaría a lavar todo en una carga. Así podría ir junto a Camilo a la pastelería. Siempre y cuando logre sacarlo de sus papeles ya que cuando escribe cae en trance. Desde hace poco le ha dicho que trabaja con el material de su último viaje y a Silvana, que sólo lo conoce hace medio año, le encantaría saber qué hizo su novio en su aventura por Sudamérica. Pero él es de esos hombres que acaparan silencios. Silvana Kunz mira otra vez su reloj y a fuerza de brazos mete las sábanas en el cilindro de acero. Cierra la tapa y la lavadora comienza a trabajar lenta, atorada, como si le costara digerir toda la ropa. Antes de detenerse, un quejido a metal rebota en las paredes de la lavandería comunitaria. Silvana lanza un puntapié que choca de lleno la base del armatoste. El agua fluye. El aparato, no obstante, insiste en perder potencia y se queda inmóvil. Ella lo considera como una declaración de guerra y comienza a sacudirlo con las manos. Que se vaya a la mierda el profesor de pacotilla que le exige bailar como una reina, a la mierda la torta de novios, a la mierda ese conserje sin vida propia, piensa mientras mueve la lavadora

hacia atrás y adelante. Entonces titilan las luces, una descarga eléctrica sube por el cable conectado al enchufe y se expande a través de la base metálica. Y allí están las manos, el rostro pecoso, los hombros fuertes y esas piernas largas de Silvana sacudiéndose por el súbito golpe de energía. Lo último que alcanza a ver es un fognazo y luego una piscina fosforescente donde se zambulle.

- Usted tiene que ser la mejor alumna.
- ¿Por qué?
- ¿Y me lo pregunta?
- ¿Por qué?
- Silvana, usted es una Kunz. Eso ya lo conversamos, no se haga la tonta.
- Sí, papá.
- No me diga sí, demuéstremelo con hechos.
- Es que me aburro, no quiero seguir yendo al colegio.
- Usted se aburre, porque se levanta y queda ociosa. Si tu abuelo te escuchara se le revolvería el estómago.
- El abuelo está muerto. Ni me acuerdo de cómo era su cara.
- Silvana, eras demasiado chica, más que ahora.
- Papá, no soy chica, tengo siete.
- Entonces ya está hecho. Deja el colegio y se viene a trabajar al campo. Así aprenderá lo

que es el frío mordiendo las orejas, lo que es levantarse a las cinco de la mañana o salir a ver dónde están las vacas mientras la lluvia cae a destajo.

-No me importa. Yo no vuelvo al colegio.

-No amenace que se pueden cumplir sus deseos.

-Cúmplamelos.

-Acaba de cerrar un trato.

Debajo del agua algunos peces fosforescentes la miran mientras Silvana brinda un espectáculo de manotazos y patadas. Al cabo de medio minuto toca fondo. La vista se le nubla y sus brazos dejan de oponer resistencia. Entonces escucha o cree escuchar su nombre y usando sus últimas fuerzas se impulsa con las piernas. Es aire lo que la recibe al salir a flote. Respira. En la superficie encuentra los restos de un naufragio: pedazos de tela, madera, bidones, blusas y jeans. A unos veinte metros se ve una araucaria enorme, más alta que un edificio. Silvana se acerca dando brazadas. El tronco es el cuello de cien dinosaurios. Pronto se da cuenta de que no es una araucaria o al menos no se parece del todo a las que ella conoció cuando era niña y su padre la llevaba a pasear al parque Nacional Conguillio. Este árbol tiene infinitas ramas y la corteza de su tronco posee surcos que cumplen

la función de una interminable escalera. Silvana comienza a trepar a través de ese cuello esponjoso y alcanza una suerte de pequeño mirador. Desde esa altura descubre que estaba en una piscina que se extiende a lo lejos como un canal romano, rodeado por potreros de trigo. Silvana recorre todo el espacio. Colgado a una rama, como si fuera el adorno de un pino de pascua, encuentra un libro. En la tapa se puede leer: "Diario de un viaje". De golpe recuerda a Camilo. Está segura de que ese era el título del trabajo que escribía su novio. Se da un par de cachetadas y le duelen las mejillas. Así constata que no se encuentra dentro de un sueño. Luego abre el libro y lee:

Me llamo Silvana Kunz Kienzler. Nací en Temuco. Tengo treinta y seis años. Estudié en el Colegio Germano de mi ciudad natal. Fui campeona regional de la Araucanía en el lanzamiento de la bala. En la Universidad de Halle me titulé de bióloga. Mis abuelos llegaron a Chile desde Europa. Los Kunz huyeron a través de España cuando finalizó la Segunda Guerra. Usaban pasaportes falsos. Escapaban del olor a pólvora y de las guadañas de los rusos que entraron a Berlín en busca de

represalias. Los Kienzler arribaron a Temuco a principios del siglo XX. Thomas Kienzler, mi abuelo materno, asumió el cargo de Director del Colegio Germano de Temuco en 1939. En el desempeño de sus funciones se inauguraron las dependencias del nuevo establecimiento, la pista atlética, la sala de cine y un sótano al que sólo accedían un par de elegidos: los miembros del Directorio. En la penumbra de ese calabozo climatizado mi abuelo violó a siete mujeres y a un perro de raza shnauzer. Hoy el Aula Magna del colegioColegio lleva su nombre.

Silvana vomita sobre sus zapatos. Luego arroja el libro con todas sus fuerzas y éste queda flotando en el agua, allá abajo, como un diminuto salvavidas. Desde el descanso hasta la piscina deben ser unos cuarenta metros. Silvana se refriega los párpados, da un paso y salta al vacío.

Silvana Kunz, noventa y dos años, dulce madre y esposa, querida abuela, tu recuerdo permanecerá en nuestros corazones. Fuiste una luz que guió nuestros pasos. De tu boca

sólo salían sabios consejos. Descansa en paz. Te recordaremos por siempre.

Vieja de mierda, yo no tenía por qué conocer tus mentiras. Marrana, puta. Te estás quemando. Silvana, Silvana, me avergüenzo de llevar tu mismo nombre. Me avergüenzo de ser tu hija y escupo sobre tu tumba.

A diferencia de lo que muchos dicen Silvana viaja hacia la muerte con la mente en blanco. El agua, sin embargo, ya no es tal. Ahora ha tomado la consistencia de la gelatina y tiene un suave aterrizaje. De espaldas, hunde su mano en esa superficie viscosa y logra sacar un trocito color frambuesa. Su boca aún sabe a vómito. Masca y el sabor en su lengua se parece un poco al pasto nuevo. Luego se queda tumbada y ve pasar una mancha de mariposas de alas cafés y amarillas (*Hylephila venusta*). Intenta dormir, pero demasiada calma corre en el aire que mueve su pelo. Decide ponerse de pie y experimenta la sensación de estar sobre una cama elástica. Pecho al frente, mirada en alto, uno y dos y tres, déjese llevar... y se pone a dar saltos.